

¿En qué momento de mi vida me convertí en máquina de producción y entré en ese engranaje que me golpea y aplasta sin piedad?

Mamá dice: «¡VIVO EN LA VORÁGINE!»...y...

— María Menéndez — Ponte —

Vivo en la vorágine que me envuelve cada día. Y me engulle poco a poco. Igual que a cientos de trabajadores. Y a miles de coches que pululan por las carreteras sin rumbo fijo. Y a brillantes ideas que mueren antes de nacer. Y a ilusiones perdidas que van quedando tiradas en las cunetas. ¿Dónde está aquel mundo hermanado en el amor por el que tanto luchamos? ¿Aquella sociedad regida por hermosos ideales de paz por la que me dejé la piel corriendo delante de los grises? Me lo pregunto cada día cuando me enfundo en mi traje gris para ir al trabajo. Lo mismo que me pregunto qué he hecho para que mis hijos sean unos perfectos desconocidos que viven al margen de una sociedad en la que al parecer no encuentran sitio. ¿En qué momento de mi vida me convertí en máquina de producción y entré en ese engranaje que me golpea y aplasta sin piedad?: —«Papá, necesito pasta para ir a esquiar en Semana Santa»; —«Alfonso, no te olvides de traerme el dinero de los sofás»; —«Papá, esta tarde tengo que recoger el coche en el taller y son diez mil talegos»; —«Alfonso, tenemos que revisar las cuentas de Junio para ver dónde podemos reducir gastos de la empresa»; —«Don Alfonso, hay que cambiar la caldera del agua caliente»...

Cada noche le doy un beso a Clara y me pongo a roncar para no perder el tren al día siguiente. Y cada noche Clara empieza a ser tan desconocida como mis propios hijos. ¿En qué momento nos volvimos extraños el uno para el otro? ¿Cuál fue el dispositivo que dio un vuelco a nuestras vidas tan llenas de futuro? ¿Cómo nos succionó la sociedad el poder de decisión sobre nosotros mismos? ¿A cambio de qué nos acomodamos a ella? Me quejo de que mis hijos sólo puedan llevar pantalones «Lewis» y zapatos «Camper»; y de que vayan a la facultad en coche; y de que consuman la noche de discoteca en disco-



teca; y de que necesiten dos cursos para aprobar uno; y miro de reojo sus ojos somnolientos buscando indicios de droga; y me angustio pensando que a Clarita le van a echar algo en la bebida y me la van a dejar embarazada; o que tendré que ir a reconocerlos cualquier día en el depósito de cadáveres. Pero, ¿qué parte de culpa es mía y cuál de la sociedad que ha crecido al margen de mis ideas? De pequeños, pertenecían a la esfera de su madre. Porque, ¿cómo un director adjunto en el departamento de comunicaciones iba a cambiar los pañales a su hija? Naturalmente, tampoco podía darle el biberón manchando el impecable traje gris que ayudaba a la irresistible ascensión en mi imparable carrera. Ni podía perder la compostura andando a cuatro patas. Y mi mujer, aunque protestaba del trabajo que le daban, encantada. Encantada porque, por fin, su vida tenía sentido al margen de la mía. Y yo encantado de poder escalar peldaños sin trabas ni exigencias.

Viviendo mi propio espejismo y tejiendo la telaraña que ha atrapado mi destino. Pero ya no hay vuelta atrás. Clarita ya no es la niña que me preguntaba "¿Qué me has traído?". Es una misteriosa mujer a la que no me atrevo a preguntarle nada de su vida. Y Alfonsito, un tiarrón de casi dos metros que habla un idioma distinto al mío. Y Clara, una conocidísima extraña que soportaba familiarmente mis manías.

Quise darles todo aquello de lo que yo había carecido, renunciando a compartir aquellos momentos mágicos e irrepetibles; renunciando a la única alegría en el mundo, que es comenzar cada día. Y ahora es ya tarde para recuperarlos. Ahora que apenas me reconozco en el espejo, con mi incipiente calvicie y los surcos cada vez más marcados de mi frente, me gustaría subirme al tren de su juventud y penetrar en su universo, comprender su lenguaje. Porque mi yo se esfuma en una nebulosa. Y ya no sé si imagino yo mi vida o es la propia vida la que me imagina a

mf. Cada vez es mayor la distancia entre el «yo» vivido y el «yo» imaginado. Y no me atrevo a preguntarle a Clara si es feliz, si le han merecido la pena todos estos años. Como tampoco me atrevo a preguntarle a mis hijos lo que piensan de mí. Ni a hablarles con franqueza de mis ideales, en permanente contradicción con mis actos diarios. Por eso vuelvo cada día a la vorágine para ser engullido por las garras de una sociedad que vampiriza mi alma y mis sueños. Sí, vuelvo a la vorágine del consumo y las prisas. A esa gran marea humana que rebulle sin posibilidad de comunicación. Me zambullo en esa vorágine para evitar el encuentro conmigo mismo, para deshacerme de un «yo» que ha vitalizado unos ideales grandiosos por inalcanzables, por falta de concreción, por obviar las pequeñas cosas que dan sentido a la vida, por desconocer ese gran arte que es la comunicación.

Me gustaría gritarles mis dudas, llorar sobre sus hombros, mostrar mi lado débil, decirles que un padre, a veces, es

un ser indefenso; pero ése no es el papel que he asumido y temo que no me reconozcan o, peor aún, que me ignoren o me desprecien. Dice Kierkegaard que el desesperado es un enfermo de muerte. Pero la muerte misma no puede salvarnos de

ese mal, pues aquí el mal con su sufrimiento y la muerte consisten en no poder morir. Así que yo me despojo de ese yo desesperado y me sumerjo en la vorágine que se lleva mis sueños.

... y un hijo replica: «¡ES LA LECHE!»

David, estudia. ¡David, estudia! David, estudia. David Estudia. Me llamo David y me apellido Estudia.

Estoy hasta los h... de que me estén siempre con el mismo rollo. Mi madre, con tal de verme encima del libro y sin escuchar música, ya está contenta. Aunque esté pensando en las musarañas. ¡Es la leche! No entiende que yo pueda estudiar con música. Y no para de comerme el coco todo el día. Que si tengo poca disciplina. Que si no hago más que hablar por teléfono. Que si no tuviera a Claudia Schiffer en el archivador, me distraería menos. Más me distraigo en la clase de la Rambo. ¿Cómo voy a atender las paridas que dice si delante tengo a Belén, que es la tía más buena de clase? Pero, ¿cómo para contárselo a mi madre! Es capaz de ir al colegio y decir que me encierran en una cápsula espacial. ¡Joder, tío! Y no digamos cuando empieza con el rollo de la responsabilidad ¡Menuda plasta! Si la llevo al Parlamento, liquida a todos los parlamentarios. Y luego, es que parece de la Gestapo: ¿Dónde has estado? ¿Con qué amigos has salido? ¿Qué tomasteis? ¿Y estaba Alberto? Siempre con segundas, claro. Porque a Alberto lo tiene enfilado desde que se agarró una trompa. Y piensa que si voy con él, voy a beber. Está obsesionada. ¡Menuda me armó el otro día porque me estaba bebiendo una cerveza! Se quedó muda cuando se enteró de que era sin alcohol. Pero es que tiene la manía de acusar antes de preguntar nada. Y luego dice que estoy todo el día cabreado. ¡Si es ella la que me cabrea!

José sí que tiene un chollo de padres. Hasta le han comprado una moto. Y eso que no pega sello. Además, le dejan ir a las discotecas. Y no le someten a un tercer grado. Ni se meten con su modo de vestir. ¡Jo, tío, tiene una cazadora que mola un taco! Pero me compro yo una, y, tío, ya estoy oyendo los gritos de mi padre. Que si parezco un punki, que si nos vestimos todos de uniforme. ¿Me meto yo acaso con sus corbatas? Y eso que se pone cada horterada... Luego dice que conmigo es imposible el diálogo. Pero es chungo que siempre critique a mis amigos. Y que diga que el bakalao es una mierda de música. Y que si nos pasamos el día enchufados a los videojuegos. Y que si en su época esto y lo otro... ¡Es la leche, tío! Si es que no le gusta nada de lo de hoy en día. Y se empeña en vivir en una época que ya no existe: la suya.

Es verdad que no me esfuerzo lo suficiente. Pero tampoco quiero ser como el pingao de mi hermano: todo el santo día estudiando. Claro que tiene sus ventajas, porque al que le toca recoger siempre es este menda: "Ya que no estudias, por lo menos haz algo". ¡Es la leche! Y, si mi hermano dice que un profesor es un capullo, le escuchan y hasta le dan la razón. En cambio a mí... Si cateo, la culpa la tengo yo. Y "sus motivos habrá tenido el profesor para castigarte". No se fían un pelo de mí. Si me dan dinero para la papelería, enseguida me están reclamando la vuelta. ¡Ni que fuera un chorizo!

El caso es que mi padre presume de liberal. Dice que estudiemos lo que queramos. Pero si le digo que quiero ser cantante, ni te cuento. Y no te digo bailarín. Que todo tiene que ser dentro de sus esquemas. Y si contesto, "estás castigado". Vamos, que de todas, todas, me pilla el toro. Claro que más jodido es te chinguen a la novia. Y es que tengo la cara que doy asco, me han salido más granos que a una paella. Mi madre dice que es por el chocolate y la coca-cola y el chorizo. Pero, tío, no me voy a hacer vegetariano. Pues lo va a tener crudo Sara. Ese Jorge es un pelota. Y un nazi. Hoy tuvimos en clase de Religión una discusión sobre el racismo y dijo que había que echar a todos los negros de España, que quitan los puestos de trabajo a los de aquí y que lo único que hacen es armar camorra. Es de alucine, tío, las cosas que dijo. En cambio mis padres flipan con él. ¡Cómo va vestido de pijo! Les importa más la apariencia que la persona. Hombre, a veces son majos. Y hasta tienen algún detalle. Como el día que saqué un sobre en química y me apareció mi padre con unas entradas para ver el partido del Barça con el Real Madrid. Si no me dieran tanto el coñazo con el "David, estudia". Si eso ya lo sé yo, que tengo que estudiar. Pero no soy una máquina como mi hermano. Y hoy no puedo dejar de pensar en el Jorge de las narices.

— ACTIVIDADES —

1. ¿Qué tipo de conducta crees que se corresponde con los sentimientos reflejados en el monólogo y por qué.
2. Hacer una lectura de los sentimientos del chico en relación con las estrategias educativas de los padres y proponer alternativas.
3. Analizar estas actitudes en el texto y ver cuál es la que predomina: miedo a afrontar responsabilidades, autojustificación, inconformismo, refugio, falta de comunicación, irritabilidad, celos, búsqueda y afirmación de la personalidad, distanciamiento generacional, falta de concentración, depresión, ponerse a prueba a sí mismo y a sus padres.
4. Construir un diálogo con los tópicos del monólogo en el que se pongan de manifiesto las siguientes estrategias para solucionar conflictos:
 - a) Fortalecer los vínculos de afecto y respeto
 - b) Dar responsabilidades
 - c) Reflejar lo que hace
 - d) Ser coherente con los castigos y amenazas. Y admitir posibles equivocaciones.
 - e) Elegir con cuidado las reglas y mostrarse persistente: no ceder ante las presiones por cansancio psicológico.
 - f) No caer en el juego del hijo: contraponer la tolerancia a la irritabilidad